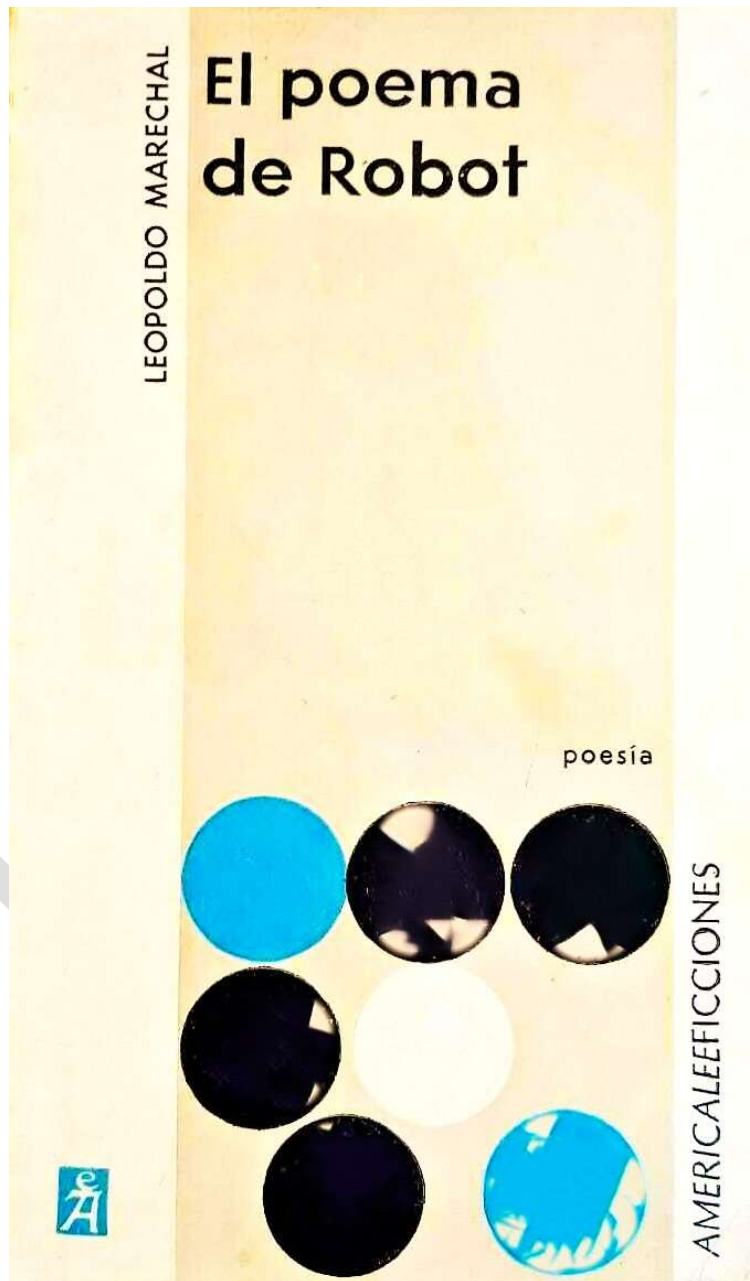




## EL POEMA DE ROBOT// LEOPOLDO MARECHAL

*Buenos Aires, Americalee, 1966.*

*Ilustrado por Roberto Páez (1930-2006).*





1

El ingeniero de Robot; se dijo:

"Hagamos a Robot a nuestra imagen  
y nuestra semejanza".

Y compuso a Robot, cierta noche de hierro,  
bajo el signo del hierro y en usinas más tristes  
que un parto mineral.

Sobre sus pies de alambre la Electrónica,  
ciñendo los laureles robados a una musa,  
lo amamantó en sus pechos agrios de logaritmos.

Pienso en mi alma: "El hombre que construye a Robot  
necesita primero ser un Robot él mismo,  
vale decir podarse y desvestirse  
de todo su misterio primordial".

Robot es un imbécil atorado de fichas,  
hijo de un padre zurdo y una madre sin rosas.



2

No es bajo el soplo de la indignación  
que refiero esta historia sucia como el uranio.

Yo no maté a Robot con la sal de la ira,  
sino con los puñales de la ecuanimidad.

No me gusta el furor que se calza de viento  
sólo para barrer golondrinas y hojas:  
el furor es amable si responde a un teorema

serio como Pitágoras.

Yo viví en una charca de batracios  
prudentes y sonoros en su limo.

Cierta vez pasó un águila sobre nuestras cabezas,  
y todos opinaron: "Ese vuelo no existe".

Yo me quedé admirando la excelsitud del águila,  
y construí motores de volar.

Los batracios dijeron: "Es orgullo".

Les respondí: "Batracios, la mía es altivez".

El orgullo es un flato del Yo separativo,  
mas la altivez declara su propia elevación.



3

Y aquí estoy, agradable de aforismos,  
tal un árbol que empuja sus yemas reventonas.

La casa de Robot está en el polo  
contrario del enigma,  
y el que a Robot destruye vuelve a mirar el rostro  
perdido de. la ciencia.

Yo fui un ser como todos los que nacen de vientre:  
rosa más rosa menos, era igual mi niñez  
a todas las que gritan o han gritado  
junto a ríos cordiales.

Un día mis tutores, fieles a la Didáctica,  
me confiaron al arte de Robot.

Mis tutores murieron: eran santos idiotas.

Yo he regado sus tumbas con yoduro de sodio»



Pensando en el astuto cerebro de la Industria,  
Robot era un brillante pedagogo sin hiel,  
un conjunto de piezas anatómicas  
imitadas en cobre y en tungsteno.  
Su cabeza especiosa de válvulas y filtros  
y su pecho habitado por un gran corazón  
(obra de cien piedades fotoeléctricas)  
hacían que Robot usase un alma  
de mil quinientos voltios.  
En rigor, era nulo su intelecto  
y ajena su terrible voluntad.  
Pero Robot, mirado en sus cabales,  
era un hijo brutal de la memoria,  
y un archivista loco, respondiendo a botones  
o teclas numerados por la triste cordura.



A los que se deleitan con vistosos retratos  
les diré que sin duda Robot no era un Adonis.

Visto de frente y con el ojo alerta,  
parecía una cruz de marciano y reloj;  
y visto de perfil, su hermosura era igual  
a la de un ciclotrón en vendimia de isótopos.  
No obstante lo que más imponía en Robot  
era su honradez inexorable?  
una honradez fundida y niquelada  
por demiurgos envueltos en iones y sigilo.



6

Podría ser que atentos a mi última estrofa,  
se dijese algunos que aliviano el poema  
con las fáciles plumas de la comicidad.

Advierto yo a esos héroes que naufragan  
en el bacín lujoso de Aristóteles,  
que mi poema es trágico y risible  
como un final de siglo.

La risa visceral de la Comedia  
no ha de ser inferior a los hipos del Drama.  
Si lo cómico nace de cierta privación,  
límite o quebradura de algún ser,  
todo lo que se instala fuera del Gran Principio  
ya es cómico en alguna medida razonable.  
La muerte de Robot me ha dictado sentencias  
que ya diré a su tiempo y en lugar exactos;  
pues escandalizar a los mayores  
también es evangélico.

Desde que yo, el aeda, perpetré mi laudable  
quemazón, de teorías y cisnes literarios,  
no se aburren las Musas, y el poema  
recobra su abnegada vocación  
de apresar lo decible y lo indecible.



A Robot entregaron mi puericia,  
y en esa hora sollozó un arcángel  
y se rió un demonio»

Yo lo ignoraba entonces, como es justo,  
pues en la gloria de Robot no hay ángeles  
ni demonologías en su infierno, sino la exaltación o la tristeza  
del átomo de hidrógeno.

Se daba por sentado que yo era el Gran Vacío  
y era Robot la Grande Plenitud.

De modo tal que abriendo la espita de Robot;  
llenaba mi vacío con la ciencia más pura,  
según la ley alentadora  
de los vasos comunicantes.

Los verdores del alma, sus trascendentes plumas  
y toda irradiación que no registren  
los contadores Geiger

eran para Robot y sus profetas  
o un abolido ensueño de calvas teologales  
o las divagaciones del mono progresista  
con que soñaba Darwin midiendo calaveras.

Y así la Didascalía se dormía feliz  
en su ostentosa cama de bronce y palosanto.





Mi primer incidente con Robot  
(y el que abría en mi alma la gran desavenencia  
que terminó en un crimen de piadosa factura)

sucedió cuando el noble pedagogo  
me dictaba el Factor de Cohesión  
de los núcleos estables e inestables.

A los que todavía sin grilletas  
van del apio a la rosa, bellos como almirantes;  
a los que aún entregan a la emoción del viento

una risa pentecostal  
en la salud del Cristo vivo;

a todos esos "raros" que aún perfuman el cosmos  
digo lo siguiente:

La Física Nuclear suelta el olor  
de los gases livianos de la Tabla Periódica;  
y ese olor, al obrar en un alma sensible,  
nos da el precipitado de la Melancolía.

No es bueno descender a la materia  
sin agarrar primero los tobillos del ángel:  
Einstein, el matemático, se libró del abismo  
porque midió la noche con el arco  
de un violín pitagórico.



9

Digo que ante la frágil estructura  
del helio, del neón y del argón,  
una tristeza mineral  
oscureció mi entendimiento:  
cierta nostalgia de claveles  
o de pichones exaltados.

Y sobre las costillas de Robot  
sollocé largamente.

Robot, atento, consultó sus fichas,  
y en el agua increíble de mis ojos  
vio un absurdo licuado.

Luego, juicioso, evaporó mis lágrimas  
a ciento veinte grados Fahrenheit.



Pero las estaciones discurrían  
en circuitos vivientes que Robot mensuraba  
con el dos pi por radio,  
Y en cierta primavera, golondrinas del norte  
me trajeron un signo de su polo.  
Se me cuajó de yemas el árbol de la sangre,  
y un himno, todavía en sus embriones,  
exigió de mi lengua no se que navidad.

Oprimí los teclados de Robot:

le pregunté la técnica y substancia  
con que armar obedientes aparatos de música.

Inquirí de su numen si era fácil  
encordar a los pájaros del éter,  
o agujerear las cañas y ponerles registros,  
o hacer con el metal de las usinas  
percusión y sonido que fuesen más allá  
de su número atómico.

Solicito a la urgencia de mi alma,  
Robot hizo marchar su fonógrafo interno,  
y oí la sinfonía que habitaba su tórax:  
era un largo ulular de corrientes magnéticas  
a través de cien filtros y cien tubos de Geissler.



Y al escucharle, vi que partía el estío  
y cerraban sus labios todas las azucenas.

La Pecera



Más tarde, cuando al fin hube reído  
sobre la ya desecha carcasa de Robot,  
entendí una verdad cuya justicia  
me pareció un elogio de todas las balanzas.

A medida que pierde o niega el hombre  
sus instrumentos de la intelección,  
se recata y mezquina la natura  
en su franco esplendor inteligible.

Si negaras al ángel su posibilidad,  
te ha de esconder el ángel su pluma voladora.

De tal modo, la rosa que miraba David

no es la rosa que hoy mira la botánica.

Y eso no está en la ciencia de Robot,  
sino en la epifanía de su muerte.



La dictadura fácil de Robot  
ya no lograba en mi los humores del llanto,  
sino la sequedad indubitable  
que reina en un satélite desprovisto de atmósfera.  
Una ganga silícea fue rodeando mi ser  
en el curso de un Tiempo medido hasta lo inútil.

Y en mi conciencia de relojería  
una felicidad bien aceitada  
se instaló con el aire seguro de las diosas.  
Mas, de pronto, no se que flechero imprevisto  
desgarró mi cubierta.

Y, justamente, fue cuando Amarylis  
entró en el perigeo de mi gravitación.



Bien sé que al sólo nombre de Amarylis  
rechinan los filosos dientes de la Mecánica.

Su exaltación en Virgo me pareció tan bella

como la luz que descubría Newton  
al recibir un golpe de manzana en el cráneo.

Ante mis ojos nuevos, Amarylis  
era el múltiplo exacto de la rosa,  
y sus pechos galaxias, donde mundos posibles  
ardían ya en fusión de protones y nardos.

A mi ver, su ecuador o su cintura  
delimitaba en ella dos limpios hemisferios  
entregados a un baile de mazorcas.

Amarylis habló, y enriquecían  
las orejas del viento;

Amarylis danzaba, y al golpe de su pie  
saltaron las agujas del sismógrafo.



14

Borracho con las uvas de mi amada,  
le declaré a Robot mis experiencias.

Le di a entender que el flanco de Amarylis  
era la pieza justa que calzaba en mi flanco,  
según la ingeniería.

Le juré por el muslo venerable de Euclides  
*que* al integrar con ella los miembros  
de una ecuación dorada,  
ponía yo a la tierra en su equilibrio,  
y toda medición era un canto al Demiurgo.

Y Robot escuchaba con el aire prudente  
de un sordo a la deriva.

Luego me dio su fallo inapelable  
y me justificó por las hormonas.





No culparé a Robot de su oficio tremendo:  
    si fue pulcro y brutal como una tuerca,  
debe imputarse al numen que lo parió sin llanto.  
En verdad, Amarylis era la poesía,  
    y falleció de prosa natural.  
Yo la enterré y compuse un epitafio  
    que dice lo siguiente:  
"Aquí yace un ensueño más real  
que los cuatro electrones del berilio".  
Después volví a la usina de Robot  
y a sus mutilaciones estudiadas.



En adelante se me fue aclarando  
la diabólica esencia de Robot:  
oculto tras las hojas de parra de la Industria,  
era la imitación de un demonio perfecto.

La Demonología como ciencia  
ya no deslumbra el ojo de pardos bachilleres.

Al cuervo prestigioso de la Duda  
sucede ahora el ganso de la Incredulidad.  
Y a favor de las cegueras que calculó el Abismo,  
se destapa la olla por abajo  
y el cielo, arriba, obstruye las acequias.  
Es útil, por lo tanto, conocer a un demonio,  
según la ontología que aprendieron los grandes.



Un demonio, en la Historia Natural,  
es objeto de ciencia, como el átomo,  
aunque se opongan en el signo  
de sus valores absolutos.

El átomo, en las líneas ascendentes del ser,  
construye y magnifica la expansión ontológica;  
y el demonio, en la línea descendente,  
ya toca la frontera de su ser con la nada.

Pero lo más notable de un demonio  
es que disfrazaba y cubre su vacío  
con la exterioridad de un aparato  
lleno de trucos y vistosidades.

En el fondo, tal era la traza de Robot:

era el "no ser" disimulado  
con mil astucias de ingeniero.

Y siendo yo un alumno de Robot el Vacío,  
me forzaron también a la ciencia y conciencia  
de una bien redondeada vacuidad.



No sin temblor del alma nuevamente aprendida,  
recuerdo yo la hora en que mi ser,  
por entre los resquicios de su trama exterior,  
pudo ver las costillas de su propio desierto.

En su atomización de las arenas  
y en su locura de la dispersión,  
el desierto es la imagen terrible del Abismo,  
y es el polo contrario de la Gracia  
que todo lo concentra en la unidad.

Ahora bien, el desierto pide y corre al desierto,  
según ya lo enseñaron las juiciosas Escrituras.

Y, por ser yo un desierto, me fui de las usinas  
y abandoné la casa de Robot.

Me lancé a los eriales, con el talón en fuga  
de un médano aventado.



19

Cuarenta días recorrí el desierto,  
antes de la Visión y de su fruta.

El número cuarenta es el que rige  
la mortificación y el retorno al Principio.

Si excedes el cuarenta o no lo alcanzas,  
empezaras de nuevo tu contabilidad.

Y has de seguir el orden "regresivo"  
que usan los disfrazados astronautas.

Porque sabrás que todas las empresas de altura  
caminan de; lo múltiple a lo uno.

Si no temiese yo violentar el poema,  
te alabaría el cero de la Gran Beatitud;  
no el cero de Robot, instalado en la nada,  
sino el que magnifica la plenitud del Todo.

¿Y quien me pone ahora en este juego  
de santas aritméticas?

Yo medía el desierto, y era sólo un desierto  
que pisaba el desierto.



Mas, en su hora y su lugar exactos,  
apareció ante mí no sé yo qué figura  
semejante al aspecto del hombre (y no lo era).

Entre civil y militar, su flanco  
derecho recogía ya las plumas  
vibrantes  
(que así se pliega el ala de un halcón en reposo)  
y su costado izquierdo revestía las piezas  
de no sé qué armadura forjada en oricalco.  
El Hombre (y no lo era) me parecía un genio  
que demoraba el ojo y el quehacer  
entre la exaltación y un combate previsto.  
Si su mano derecha lanzaba los perfumes,  
en su izquierda nacía ya un olor astringente  
de futuras matanzas.

Y yo lo vi de pie sobre las dunas,  
y me observaba el Hombre (y no lo era).



21

Me preguntó mi nombre:  
yo lo había olvidado.

La ruta que seguía en los eriales  
inquirió, y mi silencio le contaba el vacío:  
en la Edad de Robot ya no importan los nombres  
y una ruta es asfalto que se piensa en kilómetros.

Y no le hablé, y el Hombre preguntaba,  
y entendí que lo hacía pro formula tan sólo.

Pues no ignoraba él ni mi nombre olvidado  
ni mi ruta perdida,  
como si los leyera de toda la eternidad  
en algún libro abierto delante de sus ojos.

Y preguntaba el Hombre, y no le hablé.



Tras de lo cual el Hombre me tomó de la mano  
y me condujo sobre las arenas  
a una región o sitio no espacial  
donde un árbol erguía su mástil absoluto.

Un árbol sólo yergue su columna,  
y es una ubicación y no un Espacio.

Y puesto yo debajo de la copa frutal,  
advertí que llovía desde sus espesuras  
un relente de oro (no es un árbol común),  
y que: voces tremendas, junto al árbol,  
cantaban un idioma semejante a la risa  
y al elogio fundidos,  
como si allí recién el silencio afirmara  
su música posible (no es un árbol cualquiera).





23

Y yo, la hechura de Robot, al pie  
de un árbol que llovía y que cantaba,  
pude observar en mí los efectos que siguen:  
El relente del árbol empapó mis tejidos,  
ablandó mis tendones, osaturas y médulas,  
y renovó el azufre de mi sangre  
y el fósforo quemado de mis nervios.  
En simultaneidad, el idioma del árbol  
suscitó mis retoños del alma y sus potencias:  
en el muñón de un pie vi formarse otro pie  
y un ala nueva en el muñón de un ala.



24

Por fin, ya restaurado en estructuras,  
gocé de mi flamante primavera  
con sus hojas y vinos, ignoro cuantos días:  
es un acontecer y no es un Tiempo,  
sí es una ubicación y no un Espacio.  
Hasta que me ganó la inquietud amorosa  
de regresar al orbe de Robot  
y al planisferio de sus mutilados,  
con el solo designio de llevar a la usina  
mi lección y experiencia de la  
Gracia. Y desande mi vía en el  
desierto,  
con el talón liviano y el alma sin roturas.  
Pero ya meditaba la muerte de Robot,  
según un plan cruel en su justicia.  
Entonces, de camino,  
recogí en el erial  
un puñado de arena.



Digo que al enfrentarme con Robot  
yo había calculado los dos riesgos que siguen:

uno, el de las preguntas contenciosas  
que irían al fichero de su caja interior;

y otro, el de su dialéctica infernal,  
tendiente a promover y medir el vacío.

Por lo cual, en presencia de Robot,  
y cuando el pedagogo ya iniciaba el discurso,

yo le arrojé a la boca  
mi puñado de arena.

Se oyó en los mecanismos internos de Robot  
un estallar de alambre y válvulas heridos:

trastabilló un instante sobre sus pies tozudos  
y al fin se desplomó con fragores de lata.

Después, con un martillo, lo reduje a fragmentos  
y sobre su chatarra bailé piadosamente.



26

Aquella danza mía no fue un acto de triunfo,  
sino un gesto ritual.

Porque la muerte de Robot no es bella,  
sino feliz por su aleccionamiento.

No digo más ahora que logré mi equilibrio:  
ya estoy en el deslinde peligroso  
de la sublimidad con el absurdo.

Si doy un paso al frente, me asumirá la luz,  
y si lo doy atrás volveré a la tiniebla.

Por eso guardo la inmovilidad  
que me reprochan hoy los aventados.

La muerte injusta de un insecto  
perturbaría mi balanza.

Y si escribí el Poema de Robot,  
no fue tras un reclamo de la literatura,  
sino con la pasión de alertar a los hombres  
que pueblan el infierno de Robot  
y en la materia crasa de sus laboratorios  
han sospechado un lustre de metales alquímicos.

Gloria al Señor, paz del Señor. Amén.